

González #41

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE,
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

lunes 22 de enero, 2007

FALLO CONCURSO GONZÁLEZ IV RESEÑAS DE LOS PROYECTOS DE GRADO 2006/2

“La reseña ‘Esto no es una crítica’ de Nicolás Gómez se aproxima de una forma cuidadosa a la obra que elige y elabora una exposición clara y argumentada de sus ideas.”

—Carmen María Jaramillo

Esto no es una crítica

“Mirar:
todo lo que sobresale del perfil, el contorno, la categoría, el nombre de lo que es

Mirar buscando algo (un alfiler que se ha caído) es lo opuesto a mirar

Todas las apariencias tienen la naturaleza de las nubes...”

Sobre la Visibilidad, _____

“La cultura es una suma, y no hay material
auténtico que sea completamente descartable.

Mirar en Bogotá, Marta Traba

Una torta de la que sólo se obtienen migajas.

Había una vez parafraseando que ya no recuerdo, Carolina Cerón

Con el ánimo, y con toda disposición, entré aquel día a ese lugar.

Ingresé a aquella sala en forma de un gran rectángulo alargado, iluminada por sofisticadas luces halógenas que colgaban del alto techo; era de paredes blancas quizás recién pintadas, de acuerdo al olor de vinilo que impregnaba el salón y que me recordaba la compra de un apartamento nuevo. El piso, por supuesto, era de madera pulida y brillante; así mismo, pulidas y brillantes eran las puertas color caoba oscuro que rodeaban la sala, todas cerradas, excepto la cual por la que entré. Parecía como si cada una de estas puertas, cuya cantidad no recuerdo en el momento, hubieran sido colocadas con todo el cálculo arquitectónico posible, para que, a pesar de ser de madera caoba oscuro, parecieran ser parte natural de las pulcras y solemnes paredes blancas. Apenas di el primer paso adentro del salón, observé a mi mano derecha, sobre una de las dos paredes angostas del gran rectángulo, un ventanal vertical cerrado por una persiana.

Al recorrer la persiana de arriba abajo, fijándome detenidamente en su pareja blanca que era igual a la de las paredes, me cautivó la luz amarillenta que se escapaba por debajo de esta y cuyo reflejo se extendía por el suelo de madera lustrosa, realizando un camino hacia un primer objeto que se veía apoyado sobre el piso; un primer objeto que, si uno permanecía parado en la entrada del salón, se encontraba al girar la cabeza algunos grados hacia el lado izquierdo. Se encontraba allí casi enaltecido por *la lisonjera pátina de los siglos*.

Al detectar la presencia de aquel objeto colocado allí como un pedestal, casi con el mismo cálculo arquitectónico de quien había diseñado el lugar, sentí inmediatas ganas de acercarme a él. Sentí que merecía de mi parte la misma contemplación que emanaba como un objeto en *perpetua contemplación*. A primera vista, podía saberse que era una silla de diseño aparentemente colonial, o quizás republicano, pero no del siglo XX. Su base era a la vista cuadrada, y tenía un espaldar lo suficientemente alto para servir de apoyo, desde la parte más baja de la espalda hasta la cabeza, a una persona de gran estatura. Observando con más detalle, sorprendía el cuidadoso trabajo con que esta silla había sido elaborada por algún carpintero. En la parte superior de su espaldar tenía una elaborada talla en forma de una gran concha, de la cual se desprendía toda una red de complejos ornamentos labrados que insinuaban formas orgánicas, y que, simétricamente hacia lado y lado, construían el marco del espaldar y toda la estructura de la base y de las cuatro cortas pero rollizas patas absolutamente verticales.

El marco de madera confeccionado con sumo esmero, rodeaba un espaldar blando y alargado verticalmente (como la ventana, como toda la silla) que estaba forrado con un damasco cuyo diseño de flores, arabescos y formas orgánicas en colores rosas, verdes, amarillos, azules y verdes pálidos rimaba con todo el conjunto. Realizando un lento escaneo, de arriba abajo, de esta tela de textura sedosa, observé que, desde la mitad hasta el final, las fibras horizontales de la tela hacían falta y que esta se completaba hasta abajo con hilos de colores que se tensaban de forma vertical al borde interno del marco de madera. Resultó desconcertante haberme encontrado con tal transfiguración. En un primer momento, esta silla aparecía como un trono erigido en aquella sala, como un estandarte de la majestuosidad y la elegancia. Ahora, habiéndome percatado de este extraño detalle en el forro del espaldar, sentía algo de mentira de una inicial apariencia de firmeza y longevidad.

La decepción aumentó en el momento que, al bajar más la cabeza, me percaté que al cojín de la base sobre la cual uno se sienta le hacía falta su relleno y su forro; que estaban a la vista los resortes internos de este, entre un complejo trazado realizado con cabuya tensada y anudada que insinuaba una síntesis de la forma de la base. Por supuesto, al descubrir aquel frío y vulgar enjambre de alambres y cabuya como el alma de lo que pensaba era un refinado e inquebrantable objeto, comencé a sospechar de estas iniciales adulatoras bondades que le atribuía.

Mirando el objeto con aquella sensación, descubrí de inmediato que en toda la estructura de madera había otra inconsistencia. La madera, que en un principio había visto tan correcta y delicadamente tallada, pintada y lacada, en realidad no lo estaba. La concha sobre la parte superior del espaldar se encontraba perfectamente trabajada y era así hasta algún punto antes de la mitad del espaldar. Al igual que el forro que había visto desvanecer, la madera se veía pelada hasta la base de sus cuatro patas; su pintura no era pareja, se alcanzaba a ver el color crudo de la madera desnuda, muchos de los más finos detalles se veían perdidos. Me sentía confundido, engañado, tal vez, por las apariencias. Me resultaba inverosímil ver este objeto convertido en esto; pero, al dejar la nostalgia, habiendo considerado que incluso una persona habría ocasionado tan calculados daños, era terminante mi sospecha: *la grandiosidad es etérea*.

Conmovido por la idea, levanté la cabeza, y al fondo de la sala, vi colgada una estructura rectangular iluminada por cinco halógenas que se veían en línea horizontal. Decidí abandonar la silla y acercarme al objeto que acababa de descubrir. Atravesaba la sala y veía

que el objeto se encontraba suspendido a una altura considerable, que parecía inalcanzable, como un horizonte que siempre se aleja. Me detuve ante él con la cabeza en alto y observé que era un marco de madera utilizado para enmarcar cuadros, sólo que no enmarcaba nada. Al igual que la silla, el marco tallado, noble embellecedor de las casas elegantes, estaba pelado y roído; había perdido todo su detalle, se encontraba desnudo, a punto de quebrarse, era inútil. Parecía encontrado en algún basurero o en algún garaje de una casa a punto de ser demolida. Era un objeto que alguna vez había sido pendón de una imagen inequívoca; ahora, a pesar de verse allá arriba, donde quizás siempre perteneció, parecía dormir junto a los más ilustres ciudadanos de la necrópolis, tal vez junto a quien alguna vez se habría sentado sobre la silla.

Decidí salir de la sala. Giré mi cuerpo para salir por la puerta por donde había entrado. Caminando hacia allá, me detuve en la mitad de la sala. De manera inesperada había visto sobre el suelo, entre la silla y el marco que se enfrentaban de lado a lado del lugar, un rectángulo que parecía de las mismas proporciones al espacio vacío que enmarcaba el objeto que acababa de contemplar. Parecía madera. Me acerqué. Sí, era madera. Era un rectángulo elaborado con aserrín, quizás tomado de la silla; quizás tomado del marco; quizás tomado de los dos. Su color opaco contrastaba con el piso brillante y recién encerado. Parecía colocado allí con el mismo cálculo de quien había diseñado todo el lugar o de quien había podido haber transfigurado los objetos antes vistos de tal manera. Era un rectángulo perfectamente limitado y ordenado, juicioso, dictaminado y razonado. No obstante, estaba realizado con el aserrín, con lo que sobró. Cualquier soplo lo hubiera desfigurado. Es que la grandiosidad es etérea.

— Nicolás Gómez

ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Felipe Valdivieso Galán

Nota a pie de página

Yo sólo quería hacer, incluir, un pequeño comentario (algo así como una nota a pie de página a la exposición), aprovechando esto de mostrar algunos trabajos de la clase. Los trabajos de la clase, que no son más que pruebas, creo yo, huellas que quedan de un recorrido, pero que no son el recorrido mismo; éste apenas si se asoma en algunos resultados, pero no se muestra completo. Inclusive, habiendo terminado clases la semana pasada, estando todavía en entregas finales, no creo que hayamos podido haberlo digerido del todo. Tal vez unas cuantas partes. Tal vez, la gran mayoría todavía resuena en nuestras cabezas, en forma de dudas, palabras y frases sueltas, y deseos.

El pequeño comentario es, sobretodo, una parte (que habla de uno de los trabajos, un trabajo de píxeles) de uno de los mensajes que le escribí a Denise, en una conversación que tuvimos a lo largo del semestre. Y es, volviendo a lo del recorrido, otra huella más:

“Para comenzar, voy a decir que sí, fue un ejercicio difícil (pero, como dicen por ahí, ¿no son las cosas difíciles —como, ha decir verdad, lo han sido todos los ejercicios—, las que se logran después de un montón de esfuerzos, las que valen mucho, quizás más que las otras?). Fue un ejercicio de mucha paciencia, de mucho pulso.

Eso de la insistencia me interesa mucho, y creo que, aunque se aplica para un montón de cosas, en la pintura es una cosa muy cierta (...) El caso es que me interesa eso de insistir, de no dejarse tumbar a la primera dificultad y creo que en este ejercicio de píxeles una cosa que se ponía a prueba era eso (el ejercicio tuvo mucho, también, de algo así como aprender a hablar un lenguaje: como si las letras fueran los colores y uno empezara a aprender a combinarlos y

a formar con ellos algo). Y resultaba un trabajo muy agotador (pero satisfactorio al fin y al cabo, cuando empezaban a aparecer cosas) ponerse a pensar: ‘qué tanto de este azul, de este rojo y este amarillo, y qué tanto de este blanco tengo que poner para sacar el color de este cuadrito’ Y después: ‘qué tanto de blanco, o magenta, o el que sea, para llevarlo a este otro cuadrito’. Y así hasta el cansancio, hasta tener por lo menos unos 200 cuadritos pensados uno por uno. Uno notaba que cuando se pinta es necesario entrar como en cierto estado; Van Gogh decía: *Trabajo y calculo en seco hasta acabar con el espíritu extremadamente en tensión, como un actor en la escena en un papel difícil, hasta tener que pensar en mil cosas a la vez en una sola media hora.* Porque a veces uno dejaba el trabajo en cierto punto y volvía al siguiente día y se encontraba un poco como frente a un desconocido. Había que volver a empezar y poco a poco uno retomaba el ritmo, aunque sólo fuera por unos minutos. Y una cosa que me impresionó es que había momentos en que de verdad se sentía que algo estaba pasando, porque, por pequeños momentos, muy pequeños, instantes, uno ponía un cuadrito de un color y casi automáticamente, sin pensarlo mucho (muy poco, era una cosa muy rápida), miraba el vidrio o la paleta de colores y cogía un poco de otro color y lo ponía sobre otro para hacer un nuevo cuadrito. Era como si por momentos uno desarrollara cierta habilidad para saber hasta dónde llevar un color pero de una manera que uno casi ni se daba cuenta. Había días que se conseguía llegar a eso y había días en los que uno se sentía, como te digo, como un perfecto desconocido frente a todo, como un extranjero. Pero se insistía. Y bueno, como te dije en el escrito pasado, para mí fue muy sorprendente ver cómo la mirada empezaba a reconocer más diferencias en los colores que nos rodean. Y me pareció muy poderoso empezar a pensar de esa forma que te venía diciendo: ver algo, y decir: ‘cuánto de esto y de esto y de esto’. Y sin embargo, había cosas que se escapaban, que uno no sabía cómo hacía pero ahí aparecían, ciertos colores empezaban a aparecer y eso sin que uno lo hubiera pensado mucho. Al final, no se queda con un manual de las múltiples combinaciones de colores; un manual que se abra fácilmente cuando se necesite y listo. No. Quedan ciertas referencias, pero es sobre todo una cosa que se empieza a desarrollar casi inconscientemente, que a lo mejor está ahí, pero que sobretodo surge cuando se trabaja y eso, repito, sin tener muy claro cómo surge. Estaba buscando unas palabras de Van Gogh sobre una cosa que había dicho y me encontré con otras que me impresionaron mucho porque creo que se relacionan directamente con lo venía diciendo: *Todavía me rompo a menudo la cabeza cuando empiezo, pero así y todo, los colores se siguen casi solos, y tomando un color como punto de partida, me viene claramente al espíritu el que debe convenir y cómo se puede llegar a darle vida”.*

— Felipe Valdivieso Galán S.

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico: hojagonzalez@gmail.com González publica lo que se quiera hacer público. La única regla es usar un nombre, un apellido y aceptar las limitaciones de una hoja de papel. Esta hoja circula al comienzo de cada semana del período académico de clases.

“Cuanto más examino esta cola poderosa, tanto más deploro mi inhabilidad para expresarla. A veces tiene ademanes que, aunque embellecerían la mano de un hombre, son totalmente inexplicables. En una manada poderosa, estos gestos místicos son tan notables que a algunos cazadores les parecen semejantes a los signos y símbolos de los masones, y así sostienen que la ballena habla de este modo inteligible con el mundo. De otros movimientos es también capaz el cuerpo de la ballena, llenos de extrañeza e inexplicables para sus mas experimentados cazadores. Es inútil que intente diseclarla: no puedo ir mas allá de la piel; no la conozco ni la conoceré. Pero si no conozco siquiera la cola de esta ballena, ¿cómo he de entender su cabeza? Y mas aun, ¿cómo he de comprender su cara, cuando no tiene cara? <<Verás mis partes posteriores, mi cola —parece decirme—, pero la cara, no podrás vérmela>>, Pero tampoco puedo ver bien sus partes posteriores y no se que entiende la ballena por su cara. Repito que, para mi, no la tiene”.

Moby Dick
—Hermann Melville.